

en paz), *La larga noche de los pollos blancos* (1987), una confrontación directa con la realidad guatemalteca. Podemos discutir largas horas sobre el concepto de realidad, podemos discutir, también, sobre la cuestión de la verdad, podemos discutir, en fin, sobre los inconvenientes de la política en la literatura. Pero cuando la historia ha entrado en nuestras vidas sin que nosotros se lo pidiéramos entonces, de forma natural, también sin que nadie nos lo pida, terminaremos hablando de esa historia, con la sencillez con que otros hablan de una infancia feliz o infeliz.

BIBIOGRAFÍA

- Sin autor. 2008. 'Vistazo a Latinoamérica'. En línea en: <www.opinamos.com> (consultado el: 06.05.08).
- Althusser, Louis. 1970. *Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado*. Nueva Visión: Buenos Aires.
- Asturias, Miguel Ángel. 1954. *Week-end en Guatemala*. Buenos Aires: Losada.
- . 1994. *Hombres de maíz*. París: Archivos.
- Burgos-Debray, Elisabeth. 1982. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. Madrid: Argos Vergara.
- Cardoza y Aragón, Luis. 1955. *Guatemala, las líneas de su mano*. México: FCE.
- Fuentes, Carlos. 1969. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Mortiz.
- Goldmann, Francisco. 1987. *La larga noche de los pollos blancos*. Barcelona: Anagrama.
- Ricoeur, Paul. 1986. *Tempo e racconto*. 3 vols. Milán: Jaca Book.
- Sklovski, Víctor. 1979. *Sobre la prosa literaria*. Barcelona: Planeta.
- Tinianov, Yuri. 1973. *Formalismo e storia letteraria*. Turín: Einaudi.
- Velásquez Carrera, Eduardo, et al. (ed.). 1994. *La revolución de octubre*. 2 vols. Guatemala: Ed. Universitaria.

Mario Vargas Llosa y la ficción del indigenismo

Kristine VANDEN BERGHE
 Université de Liège/FUNDP Namur

Resumen.- *En numerosas novelas, Vargas Llosa aborda los mismos temas que en sus ensayos de manera que se establecen ecos entre ficción y no ficción, ecos que, de una u otra manera, apoyan implícitamente la verdad de los textos literarios por la de los ensayos políticos o historiográficos. También el hecho de que el narrador en sus novelas a menudo tenga rasgos autobiográficos de su autor contribuye a borrar las fronteras entre universo de ficción interno y universo externo. Además, en varias novelas Vargas Llosa tiende a borrar las fronteras entre los géneros, y acerca la novela al ensayo. Al comparar El hablador, novela que publicó en 1987, con el ensayo José María Arguedas o las ficciones del indigenismo, de 1996, nos interrogamos acerca de la relación que existe entre las ideas sobre el indigenismo expresadas por Vargas Llosa en la ficción y fuera de ella.*

A menudo se interpreta el contenido de las novelas de Mario Vargas Llosa en función de las afirmaciones políticas que hace en calidad de hombre público. Al mismo tiempo abundan los prefacios, las entrevistas y los artículos en los que el propio Vargas Llosa alerta contra esta lectura e insiste en la diferencia de naturaleza entre los textos de ficción y los otros. Asimismo, se ha quejado muchas veces de que las interpretaciones de sus novelas pequen de ideológicas y políticas. De manera convencional considera que los géneros de no ficción y los de ficción constituyen maneras distintas de acercarse a la realidad, en las que las nociones de verdad y mentira cobran un sentido distinto. Periodismo, ensayismo e historiografía intentan establecer una verdad objetiva que puede evaluarse en función del grado de adecuación entre los textos y la realidad que los inspira. La verdad de la novela, en

cambio, es subjetiva y depende de la fuerza comunicativa de su imaginación.

Cabe preguntarse si Vargas Llosa no es hasta cierto punto responsable de las lecturas políticas y no ficcionales de sus novelas. Esta confusión es suscitada, por ejemplo, por el hecho de que en sus novelas aborde los mismos temas que en sus ensayos. De esta manera se establecen numerosos ecos entre ficción y no ficción, ecos que hacen que las verdades expresadas en unos textos parezcan apoyadas por las de otros. Además, en varias novelas, Vargas Llosa hace movedizas las fronteras entre los géneros, e incluye consideraciones de índole ensayística en sus novelas. A esto se añade que algunos narradores de Vargas Llosa tienen rasgos autobiográficos evidentes de su autor, lo cual contribuye a borrar las fronteras entre narrador y autor, universo de ficción interno y universo histórico externo. Finalmente, y de manera contradictoria, en algunas ocasiones el propio Vargas Llosa ha insistido en el contenido político de sus novelas.

Al intentar desentrañar la naturaleza entre el contenido de las novelas de Vargas Llosa y el mensaje de sus ensayos, diversos críticos consideran que existe una coherencia en toda su obra. Otros, en cambio, detectan un divorcio entre ficción y no ficción desde que el autor se reorientó ideológicamente a principios de los años ochenta, divorcio que habría resultado en un Vargas Llosa literario más progresista frente a un ensayista más conservador. Algunas veces se establecen estas comparaciones entre ficción y ensayos atribuyendo directamente al autor las declaraciones de uno de sus personajes o haciendo abstracción de la diferencia entre autor y narrador. En cambio, existen maneras más legítimas de interrogarse acerca de la relación que existe entre las ideas sociopolíticas expresadas en la ficción y fuera de ella por Vargas Llosa. Formas más apropiadas de ver los lazos entre los temas abordados por el Vargas Llosa crítico y ensayista y, por otro lado, por el Vargas Llosa novelista.

Esto es, precisamente, lo que quisiera hacer respecto de la cuestión del indigenismo en el Perú, un tema que Vargas Llosa ha abordado tanto en textos de ficción como de no ficción. Diversos aspectos que suelen contribuir a borrar los límites entre ficción e historia confluyen cuando se compara *El hablador*, novela de 1987, con el ensayo *La utopía arcaica. José María Arguedas o las*

*ficciones del indigenismo*¹, publicado en 1996: tratan del mismo tema, utilizan las mismas expresiones para referirse a él, la novela tiene un primer narrador que es un trasunto casi perfecto de su autor, etcétera. He aquí, por consiguiente, un bonito *corpus* para analizar la manera en la que uno y otro presentan las verdades de Vargas Llosa acerca de la realidad y de la ficción del indigenismo en el Perú.

Un conjunto de coincidencias permiten leer la novela no sólo como el texto que continúa las reflexiones que el autor había formulado en sus primeros ensayos sobre Arguedas, sino también como una especie de laboratorio literario, un pre-texto de *La utopía arcaica* y más específicamente del capítulo intitolado 'Ensoñación y magia'. Ya que el ensayo trata de *Los ríos profundos* (1958), el análisis que propongo versará asimismo sobre la relación intertextual que puede haber entre *El hablador* y *Los ríos profundos*.² Sobra advertir que me aproximo a esta última novela según la lectura propuesta por Vargas Llosa en su ensayo. Partiré de los personajes en los tres textos, Ernesto y Arguedas en *Los ríos profundos* y *La utopía arcaica* y, por otro lado, Saúl Zuratas alias Mascarita en *El hablador*. Luego destacaré un curioso juego entre los títulos de *El hablador* y *Los ríos profundos* que permite, si no confirmar la hipótesis de una relación intertextual consciente, al menos confirmar su plausibilidad. Pero antes de comenzar la lectura, conviene recordar que Poupney Hart (1989) señaló un parentesco entre la novela de Vargas Llosa y la novelística de Arguedas y que Gnutzmann (1992) sugirió la posibilidad de comparar Saúl con Ernesto sin que haya desarrollado la comparación.

1. Ecos

En su ensayo, Vargas Llosa lee *Los ríos profundos* en clave autobiográfica, recalcando el parecido entre Arguedas y su protagonista Ernesto. Las semejanzas entre éste y Arguedas son, entre otras, que es hijo único y huérfano de madre, que fue protegido por unos indígenas y educado por unas "cruelas personas", que se siente desamparado e infeliz entre desconocidos

¹ En adelante, *Hablador* y *Utopía*.

² En adelante, *Ríos*.

y anhela poder comunicarse con su padre, siempre ausente por razones de trabajo. Varios pasajes de *La utopía arcaica* hacen pensar que Vargas Llosa se ha acordado de Arguedas y de Ernesto al crear a Mascarita, uno de los protagonistas de *El hablador*. Así, por ejemplo, las constelaciones familiares de los dos coinciden. También la madre de Ernesto ha muerto de manera que, como hijo único, éste forma una familia con el padre. En las dos novelas, a la familia la viene a completar un tercer miembro, un tío que es un personaje más prominente en la novela de Arguedas que en la de Vargas Llosa. En *Los ríos profundos* se trata del *viejo*, un pariente que da su nombre al primer capítulo y tiene una actitud opuesta a la de Ernesto, en la medida en que abusa de los indígenas. El tío de Mascarita tiene características parecidas, pues emplea a los indígenas como maderero, lo cual, a Mascarita, le cuesta confesar (*Hablador*: 26). En ambos casos el padre se ausenta, por sus viajes en *Los ríos profundos* y porque muere en *El hablador*. Lo que pasa entonces a los hijos es una consecuencia de esta ausencia: debido a ella Ernesto se queda en el colegio de Abancay y por ella Saúl Zuratas se siente libre para irse a la Amazonía. La distancia con el padre no es meramente física, sino que ambos hijos toman decisiones vitales que se desvían de los proyectos que sus padres habían trazado para ellos. Ernesto le desobedece al no ir adonde su tío. Mascarita decide seguir su vocación en contra de la voluntad de su padre al transformarse en una persona anónima entre los machiguengas. De esta manera, al desentenderse de los planes paternos, los dos personajes toman simultáneamente la opción por los indígenas o los pobres.

Vargas Llosa sugiere que hay similitudes entre Ernesto y su propio personaje al asociarlos con los mismos ideogramas que integran lo que él llama la *ideología arcaica*. En *La utopía arcaica* recalca que ésta se compone de los ingredientes del “andinismo, el pasadismo histórico, el inmovilismo social, el puritanismo y, en suma, el rechazo de la modernidad y de la sociedad industrial”. (*Utopía*: 213). Esta ideología debe entenderse, según Vargas Llosa, en función de las particularidades del Perú al que presenta como un país dividido en dos partes antagónicas: Lima y los Andes: “un país escindido en dos mundos, dos lenguas, dos culturas, dos tradiciones históricas.” (*Utopía*: 9). Es verdad que Vargas Llosa asocia la expresión *utopía arcaica* principalmente con Arguedas, sin embargo, también la atribuye al personaje Ernesto de *Los ríos profundos*. En el décimo capítulo, en el subtítulo ‘La utopía arcaica

personal’, el calificativo *personal* remite a Ernesto de quien dice: “es consciente de esa naturaleza suya refractaria a lo actual, pasadista.” (*Utopía*: 182). Ahora bien, en *El hablador* el narrador califica las ideas de Mascarita esencialmente en los mismos términos y utiliza la expresión *utopía arcaica* para referirse a ellas, aunque sea una sola vez: “Mascarita con su utopía arcaica y antihistórica.” (*Hablador*: 77). Mediante la migración de la expresión *utopía arcaica* de la novela al ensayo y de un personaje a otro, Vargas Llosa sugiere coincidencias importantes entre Ernesto, Arguedas y su propio Mascarita. De ahí que la creación de este personaje de ficción pueda interpretarse como una etapa en una reflexión sobre el pensamiento de Arguedas que desembocará en el ensayo.

Esta reflexión se torna homenaje cuando el narrador en *El hablador* confiesa cómo la dificultad de dar cuenta de la lengua indígena paralizó durante años la redacción de su novela:

Todos mis intentos culminaban siempre en un estilo que me parecía tan obviamente fraudulento, tan poco persuasivo como aquellos en los que, en el siglo XVIII, cuando se puso de moda en Europa el ‘buen salvaje’, hacían hablar a sus personajes exóticos los filósofos y novelistas de la Ilustración. (*Hablador*: 152).

Ahora bien, en su ensayo sobre Arguedas Vargas Llosa considera que su compatriota es un gran novelista, precisamente porque ha logrado resolver este problema, presentando a un indígena verosímil. Esto es, en efecto, lo que permite a una novela ser *persuasiva*, un calificativo que aparece tanto en el fragmento de la novela arriba citado como en el ensayo y que se relaciona estrechamente con la calidad de la verosimilitud:

Él dio a ese problema —central en la historia del indigenismo literario—, en sus mejores libros, soluciones más eficaces que otros escritores indigenistas, dotando a sus criaturas de lenguajes figurados que, a la vez que los distanciaban de un hispanohablante, eran lo bastante persuasivos para que el lector no los sintiera irreales. (*Utopía*: 301).

2. Moradas distintas

No obstante, en *El hablador* no sólo hay coincidencias con *Los ríos profundos* y no sería correcto leer la novela únicamente como una

evaluación positiva de Arguedas. Una diferencia semántica entre la expresión *utopía arcaica* tal y como se aplica a Ernesto/Arguedas y a Mascarita permite demostrar que la relación es mucho más ambigua. Por una parte, en su ensayo sobre Arguedas Vargas Llosa hace abstracción de la parte amazónica del Perú. Por otra parte, en *El hablador* dice respecto a Mascarita que éste se compromete exclusivamente con los machiguengas amazónicos y que su compromiso excluye a la población andina: “Saúl no reaccionaba del mismo modo ante otras injusticias que tenía al frente, acaso ni siquiera las advertía. La situación de los indígenas de los Andes, por ejemplo –que eran varios millones en vez de los pocos miles de la Amazonía.” (*Hablador*: 23). En la novela, el *utopismo arcaico* se define como “Purismo amazónico” (*Hablador*: 35); por lo tanto falta en esa expresión el semema nuclear del andinismo.

Esta diferencia semántica y geográfica entre novela y ensayo corre pareja con una redistribución de las funciones actanciales de los distintos grupos étnicos. En *La utopía arcaica*, los pueblos amazónicos están prácticamente ausentes y Vargas Llosa divide el Perú según la visión que adjudica a Arguedas en buenos y malos, andinos y costeños. En *El hablador*, la visión del Perú que el narrador atribuye a Mascarita comparte con la que Vargas Llosa atribuye a Arguedas su carácter dicotómico. Pero según Mascarita los andinos integran el campo de los malos, ya que se han aculturado, mientras que los machiguengas amazónicos vienen a ocupar la función actancial de los buenos, víctimas e indefensos. Por una parte, esta semantización diferente en *El hablador* y la nueva distribución actancial que conlleva se explican posiblemente por una exigencia de verosimilitud y coherencia. En *La utopía arcaica* Vargas Llosa afirmó que el indigenismo tradicional desapareció en el Perú en los años cincuenta debido, entre otros factores, a cambios en la sociedad. Por lo tanto, hubiera sido poco verosímil asociar con el andinismo un proyecto utópico que, en *El hablador*, precisamente se fecha a partir de los años cincuenta. Por otra parte, la semantización específica de la expresión *utopía arcaica* en *El hablador*, le permite a Vargas Llosa posicionar su novela fuera del indigenismo literario y, por lo tanto, distanciarse de la ideología andinista arcaica que atribuye a Arguedas.

En resumen, el narrador de *El hablador* se distancia del Arguedas descrito por Vargas Llosa en *La utopía arcaica* en cuanto a su ideología, pero al mismo tiempo comparte con él la

pasión por el tema de la aculturación de los indígenas, a la par de que lo aprecia por su preocupación y su trabajo técnicos.

3. *El ruido del agua*

Un juego intertitular entre *El hablador* y *Los ríos profundos* apoya esta lectura. Peter Standish (1991) ha argumentado que el título *El hablador* cobra todo su sentido cuando se toma en cuenta su raíz etimológica, *fabulari*. Incluiría entonces una referencia tanto al hablador machiguenga como al narrador occidental y llamaría la atención sobre el hecho de que ambos hacen lo mismo: contar cuentos. Ahora bien, se puede leer el título desde otro ángulo etimológico y descubrir una relación con *Los ríos profundos*. De aceptarse como válida, esta lectura que propongo a continuación ilustraría la idea de Genette de que la hipertextualidad se declara lo más a menudo mediante un indicio paratextual con valor de contrato que debe alertar al lector sobre la relación intertextual probable con determinado hipotexto (1982: 15).³ El nombre del río Rímac deriva del quechua ‘rima’ –que significa hablar– seguido del participio del presente –q–, para dar el derivado rimaq, ‘el que habla’. En otras palabras, el hablador también puede remitir al Rímac, el río que baña la capital del Perú, Lima, topónimo cuya raíz etimológica es idéntica aunque la palabra no sufrió la influencia del aimara. (Cerrón-Palomino, s.f.). En apoyo a esta lectura, señalemos que Vargas Llosa ha establecido asociaciones entre la función del hablador y la de los ríos. En una entrevista se refirió al hablador con una metáfora fluvial: “era el aglutinante, el que mediante un sistema hidrográfico, hacía sentir a todo ese pueblo disperso que formaba parte de una comunidad.” (2003: 87) y en *El hablador* habla en términos fluviales de la cosmogonía machiguenga: “cosmogonía fluvial del machiguenga.” (*Hablador*: 87).⁴

De esta manera se hace patente la posibilidad de una alusión a *Los ríos profundos* desde el título de la novela, posibilidad que cobra fuerza cuando recordamos que, en la novela de Arguedas, uno de los principales ríos profundos es el Apu-rímac, que añade la

³ Por otra parte, Genette se limita a estudiar los casos que muestran una intertitularidad mucho más evidente.

⁴ Rita Gnutzmann ha reparado en cómo el universo machiguenga se traza a partir de una cartografía fluvial. (Ibidem: 424).

partícula *Apu* (Dios) a la raíz *Rímac* y con cuya descripción jubilosa se cierra el capítulo inicial de *Los ríos profundos*: “En la tarde llegamos a la cima de las cordilleras que cercan el Apurímac. ‘Dios que habla’ significa el nombre de este río.” (*Ríos*: 170-1). El resultado de esta hermenéutica onomástica sería por lo tanto la configuración de un río dios hablador o de varios ríos profundos de Arguedas frente a un solo río hablador sin más de Vargas Llosa.

La yuxtaposición y la jerarquía que ésta conlleva suscitan varias interpretaciones intertitulares en consonancia con el análisis de la intertextualidad que precede. Se puede inferir que el título *El hablador* hace acto de modestia frente al Apurímac, al plural *ríos* y la adjetivación *profundos* de Arguedas. Desde esta perspectiva, *El hablador* constituye un homenaje literario de Vargas Llosa al único escritor peruano al que dice admirar profundamente. Si dijo en *La utopía arcaica* que este ensayo “coronaba su interés” por la obra de Arguedas (*Utopía*: 10), en *El hablador*, desde su propio título y por contraste, corona esta obra, específicamente *Los ríos profundos*. El título entonces muestra la enorme validez literaria que la novela de Arguedas tiene a los ojos de Vargas Llosa.

Pero se puede interpretar la intertitularidad de otra manera. En opinión de Ricardo González Vigil (76), Arguedas ha presentado el Apurímac no sólo como devoción regional al torrente homónimo del departamento en el que nació sino también por el contraste que permite establecer con el río Rímac que sirve de asiento a Lima o, como dice Vargas Llosa, hablando de la visión arguediana, “Lima, capital extranjerizante y muelle creada por el conquistador”. (*Utopía*: 69). Procediendo a una hermenéutica parecida a la propuesta por González Vigil, pero desde *El hablador*, se puede pensar que Vargas Llosa haya querido recalcar en su título mediante el juego asociativo –hablador, Rímac, Lima– la proveniencia limeña del hablador Mascarita que lo aparta para siempre de los pueblos amazónicos. Aunque Saúl quiera identificarse con los selváticos, lo único que logra hacer cuando está con ellos es enmascarar su cultura limeña. Enmascarado, lleva sin quererlo los relatos bíblicos y kafkianos a una Amazonía que quiere mantener incontaminada. Según esta interpretación, su sobrenombre *El hablador* apoyaría simultáneamente el apodo *Mascarita* y uno de los temas principales del co-texto novelístico, la inevitabilidad de la occidentalización de las culturas amazónicas, la imposibilidad de la *utopía arcaica* y la falacia de los proyectos de quienes quieren *go native*. Asimismo, según tal interpretación,

desde el título Vargas Llosa se distanciaría de *La utopía arcaica* de Arguedas. Desde el punto de vista ideológico, una vez más la evaluación resulta negativa.

No se puede saber si los juegos de sentido y de forma en *El hablador* respecto a los personajes y el título de *Los ríos profundos* son conscientes. Sin embargo, la lectura de esta novela propuesta en *La utopía arcaica* propicia la interpretación de que existe una intertextualidad. La apoya igualmente el hecho de que la doble evaluación que resulta de la lectura intertextual, positiva desde el punto de vista literario, negativa desde el ideológico, coincide con la evaluación global de *Los ríos profundos* que se deduce de *La utopía arcaica*. ¿Significa esto que ambos textos, la novela y el ensayo, dicen exactamente la misma verdad? Para contestar a la pregunta pueden ser útiles dos acepciones de la palabra *eco* propuestas por el DRAE. Con toda evidencia el ensayo no repite el ‘mensaje’ de la novela, no es un eco suyo que “imita o repite servilmente aquello que otro dice o que se dice en otra parte”. Sin embargo, e invirtiendo la jerarquía entre creación y recepción/recreación que la palabra *eco* suele connotar, la novela puede verse como un eco del ensayo en el sentido de que vehicula un “sonido que se percibe débil y confusamente”. En efecto, en *La utopía arcaica* la evaluación de Arguedas y de los valores del indigenismo es unívoca y las tomas de posición políticas son claras. Cuando el mismo tema se trata en *El hablador*, texto de ficción, la ideología se debilita y las voces se dispersan. A diferencia del ensayo que establece una jerarquía valorativa entre lo racional y lo mágico-religioso, la novela no vehicula una crítica tan directa de los valores indígenas. En el momento de la escritura el propio narrador parece indeciso, ya que confiesa haber llegado a comprender mejor las ideas arcaicas de su amigo: “Aquí, en Madrid, acaso por nostalgia o porque había dado muchas vueltas y revueltas a nuestras conversaciones, sus ideas ya no me parecían tan disparatadas ni tan irreales.” (*Hablador*: 102). Esta afirmación bien podría apuntar hacia lo que, para Vargas Llosa, constituye la verdad propia de la ficción, una verdad que no es necesariamente unívoca, y que, por el contrario, se enriquece cuando es ambigua, polifónica y se construye mediante una serie de interrogantes.

BIBLIOGRAFÍA

- Arguedas, José María. 1995. 1a. ed. 1958. *Los ríos profundos*. (ed. Ricardo González Vigil). (Letras Hispánicas 392). Madrid: Cátedra.
- Cerrón-Palomino, Rodolfo. s.f., s.t. <www.aymara.org/biblio/lima_etimologia.pdf.> (consultado el 16.02.2008).
- Genette, Gérard. 1982. *Palimpsestes. La littérature au second degré*. París: Seuil.
- González Vigil, Ricardo. 1995. 8a. ed. 'Introducción'. En: José María Arguedas, *Los ríos profundos*. Madrid: Cátedra: 9-133.
- Gnutzmann, Rita. 1992. 'Mitología y realidad socio-histórica en *El hablador* de Vargas Llosa'. En: *Anales de literatura hispanoamericana* 21: 421-435.
- Poupeney Hart, Cathérine. 1989. 'El cronista y el hablador. En torno a una permanencia'. En: *Actas de la Asociación Internacional de Hispanistas X*: 907-917.
- Standish, Peter. 1991. 'Vargas Llosa's Parrot'. En: *Hispanic Review* 59: 143-151.
- Vargas Llosa, Mario. 1987. *El hablador*. Barcelona: Seix Barral.
- . 1996. *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*. México: Siglo XXI.
- . 2003. *Literatura y política*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

**El trujillato en
The Brief Wondrous Life of Oscar Wao (2007)
de Junot Díaz**

Rita DE MAESENEER
Universiteit Antwerpen



Rafael Leónidas Trujillo Barón Castillo,
El Caribe.
19 de junio 1952, 1.

Resumen.- Después de un breve repaso de las diferentes tendencias en la evocación del tema histórico del (neo)trujillato en la narrativa dominicana y dominicano-americana, me detengo en la última publicación de Junot Díaz, *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao*, con el fin de detectar las diferentes maneras como se enfrenta a este demonio histórico. El juego entre la incorporación en la intriga de sucesos ocurridos bajo Trujillo y la relegación del trujillato a notas irreverentes permite al escritor enfrentarse de una manera innovadora a este tema histórico insoslayable.